

“VINIERON LAS LLUVIAS” ENTRE CINE Y NOVELA

El cine sigue dándonos novelas en la pantalla. Tras de *Cumbres borrascosas* hemos visto *El Clavo*, de Alarcón, *Más fuerte que el orgullo* (adaptación por Aldous Huxley de *Orgullo y prejuicio*, de Jane Auston), *Esmeralda la zingara* (nueva versión de *Nuestra Señora de París*), y ésta, *Vinieron las lluvias*, de Luis Bromfield.

Vinieron las lluvias es la mejor novela de nuestros días que hemos leído desde el año 36 hasta ahora; quizás, incluso, la más completa después de *Contrapunto*, de Huxley. El estilo de Bromfield es claro y escueto, pero cuando hace falta la morosidad lo consigue, hasta llegar a un ritmo proustiano. En su narración lleva a todas las acciones en un mismo nivel de claridad, como hizo Huxley en *Contrapunto*, con el cual tiene muchos puntos de contacto.

Ransone (en la pantalla George Brent), Lady Esketh (Mirna Loy), su marido, son personajes típicamente huxleyanos. Claro está que entre Huxley y Bromfield está el Océano por medio; es decir, Huxley es un inglés puro, y Bromfield es un americano. Huxley se coloca en el mundo que muere, sobre su decadencia y sus miserias, pero también sobre su belleza refinada; Bromfield, en cambio, se mece en un balancín: de un lado, este mundo que agoniza, decadente y refinado; de otro lado, el mundo que va a nacer, al que Huxley ignora adrede, y que da unos pasos tan deplorables que casi hace bueno al otro ya moribundo.

En *Vinieron las lluvias*, Lord Esketh, Bannerjee y su mujer, el misionero Simón y su esposa, la señora Hoggart (y también la rusa, el enfermero suizo y el Dewan, que no aparecen en la película) son el mundo viejo, su lado podrido, que ya sólo puede morir sin gracia. El Mahrajá, la Maharani, el Mayor (y también Raschid Ali Khan, Nil Kaut-Roo y el coronel Moti, que no aparecen o no se destacan en la película), son las fuerzas de lo que va a nacer. Unos y otros están más acá o más allá de lo puramente humano. En cambio, Lady Esketh, los Smiley, Fern Simón y Ransone cabalغان sobre los dos mundos: son las actitudes más puramente humanas.

Lady Esketh recuerda a Lucy Tantamount de *Contrapunto*, pero tiene la única salida posible: *el amor*. El amor salva a Lady Esketh de la catástrofe final; por el amor pierde la vida *para ganarla*. Nuestra simpatía acaba por inclinarse al lado de Edwina Esketh, a pesar de su historia de Magdalena del siglo XX, de su lista de amantes y de la escena con Ransone en el palacio del Mahrajá (todo ello muy desdibujado y escamoteado en la película). Su belleza y su monstruosidad es la misma de nuestro tiempo; como dice Bromfield por boca de Ransone, “*es la última expresión de algo que en breve desaparecerá del mundo, para lo cual ya no queda lugar ni tiempo... Edwina era el resultado de centenares de años de ocio, de privilegios, y de responsabilidades adquiridas y transmitidas de generación en generación*” (pág. 176). Pero la salvación llega tarde para ella; el amor la salva, pero para salvarse muere.

Edwina es la última mujer de un mundo; Fern Simón es la primera de otro; se levanta contra este mundo que agoniza, sin saber por qué, y después es el destino el que le señala aquello que ella quería antes de conocerlo. Aquí, Bromfield ha sabido señalar admirablemente la importancia de la noción del tiempo, cuya estructura descubre Fern Simón en su nuevo destino: “*Por primera vez había descubierto que la vida no estaba dividida por el reloj en horas, minutos y segundos. A veces, la vida permanecía inmóvil durante días enteros, incluso durante años, y luego, de pronto —¡cosa extraña!— había vivir años también en sólo una o dos horas*” (pág. 251).

La señora Smiley y la Tía Phoebe (refundidas y sin destacar en la película),

además de representar el tipo del campesino del Middle West americano que tanto ama Bromfield, representan también —juntamente con Homero Smiley— el hombre *ya salvado* por el amor —por el amor cristiano—, que no consiste en la preocupación formalista del misionero Simón, sino sobre todo en las *obras*. Tía Phoebe (uno de los mejores personajes de la novela, refundido y sin perfil en el cine), a pesar de sus ochenta años largos, vive en perenne juventud. Como dice el Mayor, entre la serenidad —la unión con Dios— que alcanzó el padre de Bannerjee (en la película sólo una simple referencia), alejado de todo al final de su vida azarosa y no muy limpia, desasido y seco, y la serenidad sublime y esforzada de Tía Phoebe, hay que escoger esta última. Porque mientras la primera ya no es vida, la segunda lo es en su esencial estructura de preocupación y lucha. “*Tengo ochenta y dos años —dice— y cada día aprendo cosas nuevas*” (pág. 755), pues como Bromfield comenta en otro lugar, la juventud, el ser como niños —único modo, por lo demás, de entrar en el Paraíso—, consiste en tener algo de que asombrarnos; el que no se asombra de nada, ese ya está muerto.

En fin, Ransone es el hombre moderno, con todos sus complejos intelectuales y sentimentales; con esa herencia de asepsias y autocríticas intelectuales y estéticas que nos hace perder y disecar tantos aspectos de nuestra vida. “*Los ingleses —decía Ransone a la Maharani— son, sobre todo, Alteza, una gente sentimental que se avergüenza de serlo*”. Esta definición se puede hacer hoy extensiva a todo el hombre moderno. Ransone, que tiene toda la estructura y la psicología de un personaje huxleyano, hubiera acabado como el amante de Lucy Tantamount o como Spandrell (personajes de *Contrapunto*); estaba ahito de tantas cosas propias de la cultura y que no son la vida, y para huir de su autocrítica se emborracha, como tantos hombres hacen hoy, con alcohol o libros, política o beatería. Lo que le salvó fué también el amor; el amor por Fern Simón, por los demás hombres, por la India; aquel amor que él mismo reconoce no merecer, pero que por esto mismo le salva.

El fondo —en la novela y en la película— es la inmensa India, con sus problemas inmensos, que Bromfield llega a hacer amable; y lo es, sobre todo, Dios rigiendo el destino, que valiéndose de la causa instrumental de la *inundación* (maravillosamente conseguida en la novela y en la película), conmueve ese mundo de personajes que aquí tan sólo hemos apuntado.

Vinieron las lluvias es un *Contrapunto* escrito desde este lado, redimido por la única redención posible: *el amor*. La película tiene el defecto radical de necesitar la lectura previa de la novela para una completa comprensión. Con los rasgos que hemos ido apuntando, George Brent hace un magnífico Ransone, Mirna Loy sabe dar vida a Lady Esketh, y Brenda Joyce logra un papel muy acertado en Fern Simón. En cambio, Tyrone Power no va bien en el papel del Mayor Safi. La india que representa el papel de la Maharani trabaja espléndidamente; la inundación está muy bien conseguida, y al final se inventa una escena de espectáculo dedicada al vulgo cinematográfico.

En resumen, que también en este caso volvemos a quedarnos con la novela.

Mc. HECTOR

